

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Me han encantado los paisajes granadinos, y quiero imitar á las turistas inglesas, que se sientan, abren el álbum, afilan el lápiz ó deslíen la pastilla de acuarela, y fijan en el papel la visión fugitiva.

Veinte y pico de años van corridos desde mi primer visita á Granada. Me la enseñó un incomparable cicerone, D. Leopoldo Eguilaz, más colorista é imaginativo en su palabra que Wáshington Irving en sus cuentos, y la recordaba como si allí hubiese estado la víspera. No diré que me hayan encantado las nuevas edificaciones. Es siempre desagradable la novedad en ciudades que la historia consagra á la estabilidad, y hacen el efecto las casas flamantes del toque de purpurina en un marco antiguo.

La Alhambra, en restauración entonces, en restauración continua, sin que se pueda sospechar cuándo dejarán de manchar y deslucir el mágico monumento los cascotes, el yeso, los ladrillos, los maderos, las virutas. Y lo más curioso es que la Alhambra, á estas trazas de edificio en reparación, une las del edificio ruinoso, minado por la humedad y los sacudimientos del terreno. Y antes de que los periódicos diesen la voz de alarma, los que visitábamos la Alhambra el Miércoles Santo decíamos, moviendo la cabeza: «Si no ponen remedio, esto se hunde.»

El monumento, según mis informes, le cuesta á la nación muy respetable partida anual. La Alhambra no es grande: sus dimensiones actuales (yo sospecho que mermadas al iniciarse la construcción del palacio de Carlos V) permiten que sea atendido á menos costa que si fuese una de esas moles ingentes, babilónicas, un Escorial ó un Kremlin. Por esto apenas doblemente la lentitud con que marcha la ha tantos lustros iniciada restauración.

Dudo que exista otro monumento más visitado de extranjeros, particularmente de ingleses. Los hoteles de Granada—pocos y muy medianos—se encuentran siempre atestados de viajeros, y hay que avisar de antemano para posar allí. A nosotros nos fijaron en el Siete Suelos el plazo de veinticuatro horas, en que habíamos de dejar sitio á una de esas cáfilas de Cook y Baedeker en bolso, que vienen á gritar extáticas, en coro: «¡Beautiful!» Si en Granada se estableciese un hotel amplio, á precios regulares nada más, la gente, que se detiene uno ó dos días, se eternizaría en el regazo de la hermosa sultana. Granada no es para vista aprisa, sino para saboreada y desleída en el paladar como un confite moruno de hojas de rosa.

Siendo tan continua la afluencia de extranjeros, la Alhambra puede ayudarse á sí propia, si el Estado establece una pequeña cuota por entrar. Recuerdo que esto se hizo, indicándoselo yo al cardenal Payá, en la Catedral de Toledo, que antes se veía (en su parte reservada) mediante propina y favor, con infinitas cortapisas, y hoy ve todo el mundo, en uso de su derecho, mediante la adquisición de una papeleta, habiéndose creado así una rentita la catedral, de perlas para sostenimiento del culto y otras atencio-

nes, ahora que andan tan apuradas las fábricas de estos bellos monumentos religiosos.

Es la Alhambra un joyel que hasta hoy no ha hecho más que costar dinero. Que reditúe. La contribución, en su mayor parte, recaerá sobre los hijos de la *pérfida*. En Granada, hasta los camareros de las fondas hablan inglés. En las tiendas se lee el «English spoken.» Del *oro inglés* vive una lechigada de hosteleros, anticuarios, gitanos con color local, pordioseras muy patinosas, y sabe Dios qué tropel. En toda Europa se cobra por ver y admirar. Euro-peicémonos.

Viene á recordarme mi deseo de pintar á brochazo el paisaje granadino, una bella *miss* rubia, peinada á la diablo, á quien sorprende en el patio del Generalife, consagrada á tomar la vista de los arcos en que la perspectiva remata.

Comprendo que los jardines del Generalife y la Alhambra, los *cármenes*, hayan incitado á Rusiñol. No se parecen á otros del mundo. Más que jardines, son patios; más que patios, canales de agua corriente, pura, cristalina. El jardín lo hace el agua; los pilones, los estanques, los tazones, los chorros y el celaje, las nevadas cumbres, las nubes opalinas de estos magníficos amaneceres y atardeceres, reflejadas en tan lindos espejos.

Son chicos los *cármenes* en general; tienen las proporciones reducidas y gentiles de las estancias moriscas, y los arrayanes, los mirtos, las rosas, los cedros, contribuyen á prestarles ese aspecto entre melancólico, voluptuoso y profundamente tranquilo, á cien leguas del mundo—la nota peculiar de Granada.

Nunca deben las conquistas de la moderna floricultura penetrar en los *cármenes*. Bueno está eso para las soberbias posesiones de recreo de Málaga, que pertenecen á nuestra edad. Pero los *cármenes* no deben criar más flores de las que conocieron los moros, de las que pudo cantar Zorrilla, de las que menciona el *Romancero Morisco*—azahares, claveles, jazmines, rosas, clavellinas, mosquetas...—Y quédense con sus nombres algo exóticos las de ahora, las orquídeas, las violetas rusas, las petunias, las camelias y las azaleas. En Granada, ni la vegetación debe sufrir cambio alguno.

Natural fué que los moros granadinos sintiesen tanto dejar este edénico país. No me agrada ensalzarlo con frases mil veces repetidas, porque el filtro de Granada no es de los que no han tenido cantores. Zorrilla, por especial adaptación de su genio á una época y á una ciudad, agotó las armonías, las esencias, las luces, las imágenes que suscita Granada. El *Romancero*, modelo de Zorrilla, y el poema conocidísimo, es lo que conviene leer al viajar por esta región en el mes de mayo. Un mayo frío, que ha enviado á los *cármenes* más cierzcos que céfiros, más ábregos que favonios..., pero que, al cabo, tiene á millares rosas como la que el poeta describió:

«Orlada en torno de punzante espina,
que sobre el agua que los pies la riega
fresca se inclina...»

y tiene arbolillos que son un ramillete ellos todos, y pájaros anidados en los viejos cipreses coetáneos de las Zoraidas...

El genuino paisaje de la tierra granadina, no es en Granada donde lo he recorrido: es en Loja, de triste recuerdo para los Reyes Católicos, ó mejor dicho, en sus alrededores, donde la imaginación me representa á los jinetes cristianos, á las huestes del Maestre de Calatrava, huyendo á la desbandada al pique de las lanzas infieles. No son los olivares, siempre grises y monótonos, el encanto de este suelo. Hay campos mullidos, de felpa, de pluma esmorazina; hay densos manchones de álamos, abedules, chopos, mimbreras; hay caminos orlados de virginal espinoso blanco y de vicioso saúco; hay rígidos setos de chumberas, que en esta época del año, en aquel terruño impregnado de agua vivaz, no ofrecen el aspecto salvaje y polvoriento de otros setos de nopal en la campiña de Córdoba; hay lujo de silvestres florecillas, lirios que orlan con franja modernista la margen de los arroyuelos, escaramujos que vibran, entre el follaje de los matorrales, un relámpago de risa carmesí...

El agua salta, se remansa, bulle, se despeña, ejecuta todos sus juegos y volteos juveniles. Ya se precipita en impetuosas cascadas, que ¡ay! presto aprisionará la industria para que rindan su contingente de fuerza y trabajo; ya, desde las entrañas de la sierra, descendiendo en ondas mansas á formar un lago mudo, poético, con algas y peccillos, semejante á aquel misterioso lago del Monasterio de Piedra; ya, partida como una cabellera que desgreña el viento, se desploma á hondo barranco, en hilos esparcidos, de lucería, y con lo pavoroso de su estrépito y de su

caída, hace que el pueblo, gran romancedor, la designe con el expresivo nombre de *Los infernos*...

Por la tarde, cuando subimos al cortijo, á derecha é izquierda nos sorprende la graciosa aparición de fontanas y manantialillos, la magia de esta agua que deja en el paladar la gustosa frialdad de la derretida nieve...

Y es el segundo encanto de este paisaje la transparencia de la atmósfera, gracias á la cual se perfilan con precisión y nitidez admirables las crestas y dentellones, pináculos y recuestos de la sierra, en que nos internamos al ascender, camino de la bien llamada *Cañada Alta*. La tarde es esplendorosa, y sin embargo hace un fresco renovador; las montañas de donde el sol ya se ha despedido, son de violeta amatista, ó azul de esmalte; y las que aún enciende la luz, adquieren el tono cálido y fino de un terciopelo rosa, con anaranjados cambiantes tornasolinos.

Como pastores de este Nacimiento, los campesinos animan el cuadro. Estos vándalos ó sarracenos son elegantes de apostura (menos señoriales y distinguidos que los charros, que son verdaderos donceles del siglo XVI). Sus cuerpos, ágiles y secos; sus caras, rasuradas, curtidas, de expresión entre astuta y ceremoniosa; muy graciosos en la pronuncia, que suena á árabe desde una legua; muy diestros en la burla sazónada, á fuer de gente de raza en que por tradición se estima el ingenio; muy discretos en la réplica; menos soñadores que fatalistas, con puntas y ribetes afidalgados; niños por su curiosidad de ropas y gestos de los forasteros, y nunca hartos de oír hablar á *la señora*...

En mi tierra, los chicos se ocultan, al interpellarlos un desconocido, en las faldas de sus madres. Aquí se acercan sin el menor encogimiento, saludan bien fraseado, guardan la actitud más saladamente confianzuda, no son sin embargo pesados ni sobones, y piden la *perriya* con una cara de pillastres de Murillo, de la más neta escuela española.

Las mujeres del pueblo, á lo que menos se asemejan es al tipo desgarrado y fatal de la andaluza de novela francesa. Son modosas, dulces, halagüeñas, caseras, limpias; tienen sus cazos y sartenes, trébedes y peroles, como el oro mismo, y se prenden en el moño, que sea negro, que sea gris, una ó varias flores, de olor siempre.

Las he visto bailar el fandango, que tiene una música encelada, africana, pero que es un baile honesto. Ya las mozas van olvidándolo; ya las bailadoras son maduras—como sucede en mi tierra con las que aún dominan la *muñeira*, que tienen sesenta años.—Las he oído cantar sus coplas tan infinitamente tristes, esas coplas que sólo hablan, al través del quejido de amor, de la muerte, y he visto á una chucula de trece años, enteca, deforme, mísera, retorcerse con el más supremo donaire en un tango que ninguna actriz de los teatros madrileños marcaría mejor. Gana esta criatura diez reales al mes vendiendo á los viajeros, en la estación, por cuenta de una humilde industrial, roscos, vidrios de agua, fruslerías; improvisa versos, y—aparte del de Loreto Prado—no conozco cuerpecillo animado de tan extraña vitalidad, ni rostro tan despierto y expresivo como el de la precoz bailaora... Si yo fuese empresario de teatros, la contrataría.

Lo más hermoso tal vez, entre tanta magia de paisaje, que puebla tal castizo plantel de tipos, es la cantera y serrería del mármol, el marco que las rodea, aquellos anfiteatros y graderías de la montaña, en cuyas laderas se recogen á manta los ammonites fósiles, convertidos en mármol también.

Nos sentamos á la vera de una fuente; el aire está embalsamado por la flora serrana; casi anochece, con un hormigueo de estrellas en una bóveda intensamente turquí. Una cabra pelirroja, con ubres grises reventando de hinchadas por la copia de leche, se deja ordeñar con mansedumbre. Ponen la ordeñadura á enfriar en la corriente linfa, y mientras tanto, comemos alfajores, golosina cuyo sabor y nombre evocan á esos ausentes que jamás se han ido, á esos moros que se han llevado las llaves de sus casas, y que si ahora regresasen, no tendrían más que hacerla girar y encender otra vez su hogar extinto, porque... nada ha variado, y este territorio es de Alá y del Profeta.

Y en medio del silencio, que sólo rompe el cántico del agua; mientras se refresca la regalada leche cándida y espumosa, por uno de esos caprichos de la memoria, inexplicables, recuerdo la doliente cantiga de Zaide, que he leído en Pérez de Hita:

«Lágrimas que no pudieron
tanta dureza ablandar,
yo las volveré á la mar,
pues que de la mar salieron.»

EMILIA PARDO BAZÁN.